AÑO I — BUENOS AIRES, 20 DE MAYO DE 1922 — N.o 20.

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Comunismo primitivista

Las más vulgares reformas les parecen a los bolcheviquis asombrosos descubrimientos. Cuando dieron a conocer su "dictadura del proletariado", pretendían que habían resuelto el problema de la igualdad, sistematizando esa nueva forma de despotismo en su Estado. Pero resultó que la dictadura de clase era tan vieja como el mundo y el elemento de dominio empleado por todos los creadores de patrias, Estados e imperios.

Con su capitalismo de Estado pronunciado al mundo como algo excepcional, les sucedió algo parecido. Resultó, a la postre, que lo que persistía en Rusia era el capitalismo, sin que las nuevas formas de gobierno modificaran la situación de los asalariados. ¿Qué importaba que los trabajadores, en vez de estar sometidos al dominio del burgués lo estuvieran al del Estado-patrón, tanto o más brutal y despótico? ¿Y qué diferencia substancial existía en las condiciones del que, a cambio de su trabajo — obligatorio en Rusia para los obreros y aumentado a 12 horas diarias —, recibía unos bonos canjeables por ropas y alimentos, y los del antiguo asalariado que recibía en dinero el valor "equivalente" (según las normas burguesas) de su labor?

De la nueva política económica iniciada por el Soviet, que es un apeadero tendido del comunismo al capitalismo para que pasen los dictadores, es interesante la parte que se refiere a la cuestión agraria. Veamos lo que, al respecto, dice un corresponsal:

"Según informaciones llegadas de Moscú, las autoridades bolcheviquis tratan de poner a prueba otra innovación económica en forma de empréstito de cereales, que será subscripto, y cuyos pagos de interes y principales se efectuará en trigo y centeno.

"Este patrón de valores en granos, que los economistas modernos preconizan algunas veces como substituto del patrón de oro, tendrá la ventaja de mantener una estabilidad relativamente firme comparada con la del papel moneda en Rusia".

Esta parte del programa bolcheviqui, que representa lo único que queda del programa "comunista", no es ninguna novedad. El comunismo primitivista tiene en muchas partes de Europa elocuentes manifestaciones. En las aldeas de España, Italia, Francia, etc., los campesinos practican entre sí el apoyo mutuo, aran las tierras en común, recojen las cosechas y hasta construyen las casas y abren caminos. Hasta cuando deben pagar los arrendamientos, los impuestos, las fiadas, etc., en vez de dinero en efectivo, cereales u otros artículos de su cultivo. En las transaciones comerciales no entra para nada el dinero, en muchas regiones de Europa.

La innovación introducida por los bolcheviquis carece de originalidad. En la misma Rusia zarista los campesinos obtenían ese empréstito en cereales para la siembra, con la única diferencia de que se la hacía el amo de la tierra o el especulador. El Estado llena ahora esas funciones de prestamista, para tener luego derecho a expropiar a los campesinos el excedente de sus cosechas. ¿No es esa una nueva forma de explotar a los esclavos de la tierra? Con las requisas primero, con el impuesto sobre especies después y ahora con los empréstitos en granos, el gobierno quiere arrancar a los campesinos lo necesario para mantener su burocracia y su ejército rojo.

El nuevo descubrimiento es asombroso. Significa nada menos que un paso atrás, en la evolución social, de unos cuantos centenares de años.

El socialismo, según la nueva política económica de Lenin, es el retorno al clan, o a la tribu, con su comunismo rudimentario. ¿A eso llaman progreso?

El mundo está poseído por el demonio del mal. ¿Quién librará al hombre de las garras del terrible enemigo? Hay una fuerza latente en el fondo de las conciencias, un sentimiento de bondad que va haciendo más humanos a los hombres, un destello de luz que empieza a alumbrar en los ensombrecidos cerebros. Pero el instinto predomina: el instinto animal, primitivista, que suprime de un manotón toda nuestra cultura y trasplanta en nuestro siglo al hombre de las cavernas.

Hay que matar la bestia borracha de sangre: la bestia egoista, patriótica, religiosa, fanática. La bestia que se esconde en el fondo de nuestra cultura y de un salto formidable, se coloca frente a la vida despojada de los falsos oropeles de esta civilización asesina...

LA TIERRA SANTA

Es sabido que, desde el final de la guerra, los israelitas aspiraron a tener una patria propia, reivindicando la Palestina como solar de su raza. Hicieron reclamaciones de todo género, ligas sionistas, conferencias y congresos para conseguir sus propósitos, sin que hayan logrado constituir el proyectado Estado político. Pero de hecho es la Palestina (la Tierra Santa del cristianismo), la *patria* de ese pueblo universal, esparcido por todos los rincones del mundo, pero inconfundible por sus rasgos característicos, físicos y morales.

La influencia israelita en Palestina no es del agrado del Papado. El clericalismo pretende vindicar para sí la Tierra Santa y alega sus derechos tradicionales, considerando que en esa ribera del Asia tuvo su origen el cristianismo. Las ambiciones del Vaticano parece que han resucitado el viejo pleito, llevando a la Palestina la discordia, avivando el odio secular entre judíos y cristianos.

Miss Beatrice Baskerville, corresponsal de "The World" en Roma, comentando esta cuestión, decía lo siguiente:

"Los prelados y funcionarios del Vaticano se encuentran muy disgustados a causa de que la cuestión religiosa de Palestina no fué discutida en la Conferencia de Génova, sospechando que esto se debe a la influencia de los sionistas, que, según se asegura, consiguieron postergar la discusión del asunto hasta la reunión de una próxima Conferencia Internacional.

"El Papa llamó recientemente al Vaticano al patriarca latino de Palestina, monseñor Barlassina, y al padre Diotallevi, custodio de la Tierra Santa, con el propósito de consultarlos acerca de la situación de los cristianos en Palestina. Ambos declararon que la situación en que se encuentran los misioneros católicos en Palestina es muy grave, pues no se les ofrece ninguna protección contra la política antagonista de los sionistas.

"Después de considerar las declaraciones de sus informantes, el Sumo Pontífice decidió enviar a monseñor Barlassina a Londres, para que se entreviste con Mr. Lloyd George y le informe acerca de los planes del Vaticano para el porvenir de Palestina".

¿Se renovará la lucha entre judíos y cristianos? El papado atiza el fuego de la discordia y no sería difícil que el patriarca de unos y otros se pusiera una vez más de manifiesto.

"SU EXCELENCIA TCHITCHERIN"

El conocido comisario rojo, jefe de la delegación sovietista que fué a la Conferencia de Génova, llegó a ser el hombre del momento. Tchitcherin tenía monopolizada la atención universal y su chivita recorrió el mundo de punta a punta... Tchitcherin para aquí, Tchitcherin para allá, el telégrafo no se cansaba de repetir este nombre, que parecía mágico para los papanatas que juzgan la vida a través del cable...

Para popularizar aún más la figura del comisario ruso, los periodistas que regresaban de Génova tuvieron una genial ocurrencia, que resultó una broma un poco pesada y casi de trágicos resultados.

En la estación de Pisa, haciendo pasar por Tchitcherin a un conocido periodista comunista de Berlín, pidieron café para "Su excelencia el señor Tchitcherin", agrupándose alrededor del pseudo-ruso como si fueran miembros de la policía secreta.

La noticia circuló instantáneamente y un enorme gentío, compuesto por fascistas, socialistas y agentes de policía, se agolpó frente al coche de ferrocarril en que viajaban aquéllos. Los fascistas vociferaban contra el emisario bolcheviqui y los obreros ferroviarios socialistas protestaban y decían que protegerían con sus vidas a Tchitcherin, al mismo tiempo que se esforzaban por ver al destacado político.

La estación era un hervidero.

Fué despertado el prefecto de la provincia de Pisa, Sr. Malinverno, quien envió refuerzos de la Guardia Regia, que hizo despejar por la fuerza el andén. Se enviaron telegramas a Florencia dando cuenta del inminente peligro que había corrido el señor Tchitcherin, cuya presencia en Pisa, sin embargo, no se ha logrado descubrir.

Está es la hora en que la población va descubriendo que ha sido víctima de una jugarreta de los periodistas.

La celebridad de Tchitcherin es absoluta. Y al bien el comisario rojo protes-

Carlos Marx, Wells y el "Salvamento de la Civilización"

Hace ya algún tiempo que el escritor Heriberto G. Wells, publicó su último libro "The Salvagin of the Civilization" y aun no se han acallado las disputas que su aparición provocara en la prensa inglesa y norteamericana.

Revistas conservadoras como "The Spectator" con la facilidad que presta una densa erudición, han ridiculizado las ideas expuestas por el formidable escritor inglés. Con una dosis bastante subida de mala fe, los plumíferos reaccionarios tergiversan las ideas y postulados de Wells, dándole a veces, una interpretación absurda y descabellada. Luego de haberlas presentado en esa forma, las refutan.

Mr. Wells, durante un tiempo soportó en silencio esas críticas poco escrupulosas y encaminadas a hacerle una fisonomía de "mad-man", o sea de hombre desequilibrado, hasta que, al fin, se ha decidido a contestar públicamente a sus censores, propinándoles un vapuleo que vale la pena siquiera de mentar en estas columnas.

La táctica defensiva de Wells, es la de la embestida y algunas de sus contestaciones quedaron justamente famosas por su acidez y acometividad. Ante todo, es necesario comprender que el libro de Wells ha sido atacado por los socialistas ingleses, debido al poco respecto con que trata al pontífice máximo del socialismo, Carlos Marx; ha sido, además, atacado por los literatos y críticos ingleses — por el capítulo titulado "La biblia de la civilización", — de donde se excluye el nombre de Shakespeare, — hecho éste que no han podido presenciar sosegadamente los tradicionalistas; y, por último ha sido acerbamente censurado por los conservadores, quienes lo acusan de disolvente y anarquista. ¿Lo es Wells, y principalmente en esos sus capítulos de esa biblia ideal?

Si ser anarquista supone independencia de criterio, absoluta sinceridad y completa despreocupación por todos los cánones y tradiciones, naturalmente que Wells es anarquista. Solamente que sus adversarios no es en este sentido que le aplican el calificativo. Para ellos, anarquista tiene otra acepción y es la que supone todo lo peor, como nefasto y dañino para la sociedad. Pues bien, Wells ha protestado ruidosamente dejando entrever que le aqueja un amargo excepticismo sobre la inteligencia de sus contemporáneos. ¿Tendrá razón?

Escuchemos lo que el mismo Wells ha contestado a algunos de sus detractores, bajo el título de "estética y civismo".

—Uno de mis críticos — empieza el novelista inglés — se pregunta: ¿Que puede cimentar la sociedad humana sino un común amor de la belleza?, y me acusa de poner las cosas bellas, como tales cosas bellas, fuera de los materiales de cimentación necesarios para el salvamento social. Pero la base de una comunidad es una idea social común, una común concepción del deber y la justicia; y un común amor de la belleza no ofrece motivos ni méritos para una cooperación social... Además, ¿es que puede existir un común amor de la belleza? ¿Es que la belleza de los demás es mi belleza?... Hablan de Shakespeare y de Sófocles como del "condenado esplendor del espíritu humano, luminarias eternas del alma", para citar la frase misma de uno de los críticos en cuestión. Perfectamente, no he de discutir el contenido de estas frases, aunque para mí trasciendan demasiado a idolatría. Es indudable que no haber leído a Shakespeare es haber perdido ricas y profundas experiencias, como lo es no haber escalado los Alpes, o visitado Roma, Paestum, Atenas, o contemplando algunas preparaciones microscópicas, o llevado a cabo algunos experimentos físicos y químicos, cosas todas memorables. Pero pretender que el hombre no puede ser un buen ciudadano sin haber pasado por ellas, me parece, sin paliativos, una formidable simpleza. Las necesidades primarias de una sociedad son justicia y cooperación; tanto valdría edificar un Estado sobre la Estética como sobre la hermosura del sol poniente...

Y esta contestación ha sido dirigida a los literatos, a los estetas y a todos aquellos que le han reprochado a Mr. Wells, desconocer la belleza tradicional y acatada desde siglos por las presentes generaciones. Pero, ¿por qué la belleza ha de estar sujeta a un canon inamovible y perpétuo? ¿Acaso la belleza que embargará de emoción el alma del hombre del año 2.000 será la belleza de nuestros días?

Oigamos ahora lo que Wells ha replicado a los socialistas y economistas a lo Stuart Will.

—Hay también quien dice que ignoro las leyes de la reconstrucción económica, y que ésta debe anteceder al proceso de educación. Pero, en realidad, la reconstrucción económica y la educación están entrelazadas, y viven en una inseparable reacción. La ciencia económica es simplemente el estudio de las ideas de trabajo y propiedad en acción. Y las ideas son las que hacen los hechos económicos, y no éstos los que producen las ideas: equivocación fundamental de Karl Marx...

Esto de la "equivócación fundamental de Karl Marx", es lo que no han podido perdonarle los socialistas y comunistas, tanto más que, ahora el novelista inglés, atribuye el fracaso y desquicio de Rusia al hecho de haber los bolcheviquis querido ajustar la realidad a las teorías marxistas, como si fuera posible hacer entrar la vida por los estrechos cauces de un sistema filosófico que descuida factores tan vitales y preponderantes como el factor hombre y considera a los componentes de una sociedad humana, como piezas inorgánicas de una inmensa máquina...

Otro de los cargos hechos a Wells es que no haya tomado parte en las contiendas de las nuevas nacionalidades en que está empeñado el imperio británico. Al respecto, el autor de "El Salvamento de la Civilización" ha contestado lo siguiente:

—¿Por qué habría de adoptar posición en esta condenada cuestión irlandesa?... Cûando a mi juicio, ninguna de las dos partes tiene razón. Mejor dicho, ambas están irremediablemente equivocadas. En total, creo que el Nacionalismo es todavía peor que el Imperialismo.

Como anarquista, tal como ellos me tildan, niego el derecho a hincar los pies en tierra y gritar: "¡Esto es mío!" "¡Fuera de aquí!" Y no acabo de comprender la mentalidad que se entusiasma por el nacionalismo irlandés, o egipcio, o indostánico, y se enfurece contra el nacionalismo francés o italiano: unos y otros son el mismo lamentable tejido, con difeerntes colores... Todas estas ideas, que inevitablemente conducen al derramamiento de sangre, hay que fundirlas con más amplias concepciones de obligación política y moral. Y si para ello será más útil enseñar a los niños las bellezas de Sófocles o la historia de la humanidad, es extremo que abandonemos a la consideración de esos críticos descontentadizos, quienes confunden los valores estéticos con los morales y los económicos y hacen de todos un caos, del cual nada se puede sacar en limpio y en claro".

No se puede negar que esta actitud de absoluta sinceridad e independencia por parte de Mr. Wells, es lo que le ha granjeado, con su último libro, ese enjambre de críticas, censuras, diatribas y hasta calumnias que han inducido al novelista a declarar que "cada día se siente más aquejado de un amargo pesimismo, respecto a la inteligencia de sus contemporáneos".

Y es que muy raros son los críticos que han ido de buena fe hacia el libro de Wells. Apenas si en el extranjero, en Italia y en España, hubo quien comentó este libro extraordinario con el cariño que se merecía. Podrá estar equivocado o no, en sus vaticinios y en su concepción como deberá ser reconstruída la sociedad futura, pero lo indudable es la rectitud moral de las ideas de Mr. Wells y su ferviente anhelo para que las comunidades humanas emprendan rutas de justicia y de equidad.

---

dió hacer pasar gato por liebre en la Conferencia de Génova, no les fué muy bien a los bromistas que pretendieron presentar al pueblo de Pisa un Tchitcherin apócrifo. ¡Cualquiera se mete a falsificar Tchitcherines!

NOTAS

El hombre y la bestia

¿Qué hay de común entre el sabio alemán y el militar italiano? Absolutamente nada; es la antitesis uno del otro.

Nicolai es, como hombre de ciencia, un hombre de paz, de lo cual ha dado buenas pruebas. Aunque oriundo de un país militarista por excelencia, este hombre es la personificación del antiguerrerismo. Solo por ese rasgo — si no tuviera otro mérito — merece la simpatía de todos los hombres de corazón.

Caviglia es la guerra en toda su bárbara fealdad; el militarismo preponderante y agresivo insultando con su monstruosa presencia. Es la bestia repelente y asquerosa que hiede a sangre y lodo, como si se estuviese en presencia de una trinchera por donde ha pasado el rodillo de la muerte reventando cráneos y sepultando cadáveres.

Por eso creemos que solamente un pueblo embrutecido o imbécil puede sentirse atraído hacia ese monstruo del homicidio colectivo; y se confirma esta idea cuando se ve con la indiferencia, y hasta hostilidad, con que recibe al mensajero de la paz, el heraldo de la inteligencia puesta al servicio del bien y de la libertad del mundo.

Así lo ha comprendido también el sabio alemán, esto es: ha comprendido que el pueblo argentino es bastante imbécil, lo mismo que sus autoridades, al ver cómo se admira a ese machetero encharcado en sangre que anda por ahí recogiendo aplausos y... dinero.

Y por comprenderlo así se ha condolido de este pueblo "que no quiso la guerra" contra Alemania.

—¿Qué no la quiso? — pensó Nicolai viendo como se ridiculizaba una gran parte de la población prosternándose al paso del machetero italiano. — ¡Si este pueblo no tiene opinión!... O de lo contrario es monárquico como sus autoridades. No se explica de otro modo ese homenaje servil a un fantoche enviado por una monarquía.

Y tiene razón el catedrático alemán, este pueblo no tiene opinión propia. Es un pobre diablo al que solo le sirven las manos para el aplauso a cuanta bestia se apea en estas playas.

Bonificación... o guerra

Se debate una importante cuestión en estos días en el país de los dólares. Cientos de miles de los soldados que participaron en la carnicería europea se hallan sin trabajo — hace falta una guerra para que se conchaven de asesinos — y piden al Estado una bonificación para socorrerlos.

Este es el asunto que se discute; si corresponde o no al Estado socorrerlos, y también si corresponde a éstos *pechar* al Estado.

Allí, a pesar de ser el país de los dólares por millonadas y de la gente práctica, hay también *idealistas*. Estos ta[m]bién han intervenido en el debate y o[pi]nan así: "que los hombres que fuer[on] al frente, lo hicieron en cumplimien[to] del deber para con el Estado y que gracia de una bonificación empañaría gloria de ese servicio".

Estos *idealistas* opinan como aquell[os] concejales de Mirabeau en "La Epi[de]mia", esto es: que los soldados son p[a]ra morir por la patria, y si estos s[ol]dados yanquis no han tenido la suer[te] de morir en la guerra, tienen la oblig[a]ción ahora de morirse de hambre, es deber para con el Estado, que es la p[a]tria; morir es la consigna del soldad[o] morir peleando con el soldado *enemig[o]* con las pestes de los cuarteles o con miseria en tiempos de paz. ¿Dónde ha visto que los soldados reclamen protesten? ¡Esto es antipatriótico! ¡ rebajar la majestad del *oficio!* Así pie[n]san esos *idealistas* yanquis, y así de[be] pensar tambien el Estado... Pero los s[ol]dados desocupados piensan de otro m[o]do... piensan que si no hay bonificaci[ón] debe haber guerra...

Patente de matarife

El ministro de guerra ha dispues[to] que se les otorgue un diploma a los co[n]criptos que juran la bandera. De mo[do] que en adelante cada soldadito argenti[no] tendrá, al ser licenciado del ejérci[to] algo así como una patente de carnice[ro] oficial.

Consistirá esta en una cartulina ba[s]tante grande para que quepan en e[lla] las estrofas del himno, la figura del [es]cudo, lazos de cinta celeste y escarapela[s] varios nombres en letras grandes y firma de los jefes de cada compañía, por sobre todo eso "la bandera nacion[al] flameando" (así dice el ministro...).

Esa patente de carnicero la podrá e[x]hibir el soldado en toda ocasión pa[ra] probar como que ha cumplido con el [de]ber que tienen todos los tontos naci[dos] entre los límites de la frontera argen[ti]na; tambien la podrán exhibir los *hé[ro]es* del 10 de caballería para demostr[ar] que estuvieron en Santa Cruz y se [cu]brieron hasta la cabeza, de ignomin[ia] asesinando a sus hermanos en pobreza en condición social.

En estos la patente de carniceros o[fi]ciales será otorgada con mas propieda[d] ya que sus manos y sus ropas están humadas de sangre y carne humana [y] echa humo y carbón despues de las ma[ta]cres. Ese diploma, al ser exhibido, no [se]rá ya un muestrario de cachibaches [pa]trios, sino el trasunto del cuadro ter[ro]rífico que presentaba el territorio des[po]chado cuando los *héroes* del 10 andab[an] en plena correría.

Ah, sobre todo en éstos la pate[nte] [tendrá el mérito] de tener el mérito de la mas alt[a] [con]decoración honorífica...! ¡Será el prem[io] al asesino del hermano! ¡Viva Caín!

Deje la familia de ser el núcleo p[ro]pagandista de las tiranías sociales. P[or] bastantes siglos ha sido el cancerbero [de] tradiciones preñadas de falsía y de b[ar]barie, fecundas en dolores.

Gradualmente propende a constitui[rse] sobre la unión libre, a ser cuna de [li]bertades y no veneno de tiranías, en los individuos que en esta realidad [...] tal ya viven anárquicamente. Ved, pu[es], mis lectores, una de las misiones [que] desempeña la Anarquía ante la mod[er]na civilización.

Enrique V. [illegible]

"La confesión" de M. Bakúnin al Zar a la luz de la Historia

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS

II

La explicación mas plausible de las aparentes incoherencias contenidas en las "Confesiones" de Bakúnin, del 1851, ha sido dada por alguien en el sentido de que él en aquella época remota no fue ni socialista ni anarquista, o que solo lo fuese superficialmente, por cuya razón sus declaraciones de aquella época no pueden ser seriamente puestas en contradición con las ideas anarquistas defendidas por Bakúnin desde 1864 en adelante.

Por mi parte—aun no sosteniendo lo contrario—quisiera explicar y precisar mi pensamiento desde un punto de vista diferente.

***

Es necesario admitir que el que desde su primera juventud tiende a perfeccionarse y a extender esta su perfección a su ambiente, tiene que poseer las predisposiciones necesarias para llegar a las concepciones socialistas y anarquistas en cuanto le sea dado profundizar la cuestión, puesto que no busca la propia libertad y la propia satisfacción solo en si mismo, sino en la libertad y la felicidad de todos sus semejantes. Y este fin supremo es el mismo a que tendemos todos, y que se resume en la síntesis de anarquía y de socialismo, de perfección individual y colectiva, inseparables la una de la otra.

Este me parece haber sido el caso del joven Bakúnin. Las pruebas de esta su innegable predisposición emergen clara y abundantemente tambien de un examen superficial del voluminoso material de cartas y otros documentos de familia que conserva el historiador A. Korniloff, material del cual este último hubo de valerse para la redacción de una serie de artículos publicados en la revista *El pensamiento ruso* sobre "La familia Bakúnin", artículos vueltos a publicar en Moscú en 1915, bajo la forma de un grueso volumen intitulado: *La juventud de Bakúnin*. Evidentemente, no hay que perder de vista el género de educación y la influencia del ambiente de entonces, y no hay que sorprenderse de que el joven Bakúnin buscase la libertad y la felicidad para todos, primero en una *religión* sublime, idealizada, despues en la *filosofía* mas elevada y espiritualista, ya que la verdadera ciencia natural y las ciencias sociales le eran absolutamente inaccesibles entonces, siendo conocidas solamente por un circulo reducido de estudiosos. Lo que caracteriza a Bakúnin, es que abrazaba en cada época de su evolución lo mejor de lo que encontraba, tanto en religión como en filosofía y mas tarde en socialismo), profundizándolo con una extraordinaria intensidad y haciéndose el propagador ardiente en su ambito, entre una juventud ardiente como él de perfección, aunque no siempre dotada de talento, tenacidad y energía física iguales a la suya.

El anarquista, el socialista, el propagandista y el hombre de acción mas energico que los otros, existían y se manifestaban en Bakunin desde aquellos años juveniles, cuando la verdadera vida social y politica era aun desconocida para aquellos privilegiados del viejo orden de cosas.

Así, escribía en aquellas cartas suyas del 22 de enero de 1834—es decir, antes de conocer los filósofos que despues fueron sus autores preferidos—exaltando "la felicidad interior, del espiritu, basada en la pureza y la inocencia del corazon, en la abnegación completa a la felicidad de los que se aman, en el esfuerzo de nuestra inteligencia, dirigido a penetrar los misterios de la naturaleza para encauzar las fuerzas hacia el fin elevado que está ante nosotros."

El 10 de agosto de 1835, cuando ya conocía a Fichte, Bakunin escribe:

"Nosotros nos sentimos fuertes porque sentimos en nosotros a Dios, ese Dios que crea un mundo nuevo, el mundo de la libertad absoluta y del amor absoluto; y, bautizados en este mundo y compenetrados de este amor divino, nosotros nos sentimos seres divinos y libres, destinados a la liberación de la humanidad todavía esclava de las exigencias instintivas de una existencia privada de conciencia. Todo lo que vive, lo que es, lo que vegeta, lo que existe solamente, debe volverse Libre, debe llegar a la conciencia de si mismo, elevarse a ese centro divino que anima todo lo que existe. *La libertad absoluta y el amor absoluto* — he ahí nuestro objetivo; *la liberación de la humanidad, de todos los seres* — he ahí nuestro común destino".

Esta inclinación suya se encuentra tambien en el pasaje de sus "Confesiones en que se refiere a su espiritu avido de aventuras, por lo que hubiera querido nacer en el linde de una selva virgen, hacerse marinero desde la mas temprana edad para afrontar los furores de las borrascas del mar. Su deseo de actividad nunca estuvo saciado, él lo afirma; y lo que lo animó fué ante todo "el amor de la libertad y el odio implacable de toda opresión, más aún cuando pesaba sobre los otros. Buscar mi felicidad en la felicidad de los otros, mi satisfacción personal en la satisfacción de los que me circundan, sentirme libre en la libertad agena — exclama — he ahí toda mi fe, la profesión de mi vida. Yo consideraba un deber sacrosanto erguirme contra toda opresión, cualquiera que fuese el autor y cualquiera la victima.

Me animaba un espiritu quijotesco, no solo en política sino también en la vida privada. No podía asistir con indiferencia a una injusticia, cuanto más a una evidente opresión..."

Este estado de espiritu basta para convencernos de que constituía un terreno magnífico en el que el socialismo y el anarquismo no tenian siquiera necesidad de ser plantados porque existian ya bajo tierra y bastaba quitar algún obstáculo para que pudiera apuntar y elevarse a la luz del sol.

Hubo todavia un periodo de hielo que retardó el desarrollo—el del heghelianismo mezquino y árido encerrado en el sofisma de que todo lo que existe es razonable, de lo contrario no podría existir. Este dogma inmovilizaba el sentimiento, volvia rigido el espiritu transformando a sus cultores en conservadores absolutos, para quienes el mal era legitimo y toda rebelión contra lo "inevitable-razonable" era vana y condenable. Gracias al intenso ardor que ponia en todo lo que le interesaba, Bakunin y su amigo Belinsky estuvieron entre los más encarnizados defensores del sofisma heghelíano. Pero pasada esta época del culto esteril de la filosofía pura, Bakunin llega en 1842 al radicalismo político y viene a conocer el socialismo gracias a la lectura de las obras socialistas, entre las cuales la primera que conoció fué el libro de León Stein sobre los diversos sistemas socialistas. A esta evolución de Bakunin contribuyen tambien las relaciones personales que, en los años 1843—47, lo ponen en contacto personal, a veces asiduo e intimo, con las principales figuras de aquella época de florecimiento del socialismo téórico: Weitling y Marx, Luis Blanc, Considérant, Lamennais, Felix Pyat, J. Sand, Proudon (mencionados en la "Confesión"); y habria podido agregar los nombres de Augusto Becker, Wilhen Marr, Villegardelle y muchos otros. No es por cierto para entretenerse en asuntos fútiles que Bakunin se relacionaba con estos hombres.

Conoció otros ambientes; pero su interes profundo por el socialismo, está manifiesto. No se declaró por una de las numerosas escuelas sociales de entonces. Las conocia a todas de primera mano, habiendo discutido intimamente los propósitos finales con sus jefes y fundadores pero ninguna de ellas le pareció bastante completa para adoptarla completamente. El tenía una concepción muy precisa del desastre inevitable del régimen burgues; pero ninguna de las concepciones sociales destinadas a sustituirlo, le parecían aun suficientemente elaboradas, lo que explica que afirmase que ninguna de ellas habria durado tres dias solamente.

No creo equivocarme al suponer que buscase desde entonces la realización simultánea e interdependiente de la libertad y del bienestar colectivos, de la anarquía y del socialismo combinados, que ninguno de los más conocidos socialistas de aquella época supo planear claramente.

Ni Marx, ni Proudhon, ni Luis Blanc, ni Victorio Considérant supieron alcanzar este grado de progreso en las ideas a que llegaron veinte años después los anarquico-colectivistas de la internacional y que, antes que ellos, a mediados del siglo pasado alcanzaron algunos precursores aislados como Dejacques, Coeurderoy y otros.

Bakunin había llegado en los años precedentes al 1848 al radicalismo filosófico más extremo representado por Ruge, el que, en un escrito suyo del 1849, se aproximaba también a la anarquía. Asistió a los estudios de ciencia experimental materialista de Carlos Vogt, que tambien profesaba, en 1849, una doctrina anárquica individualista. Además Bakúnin era amigo intimo de Herweht, el poeta revolucionario aleman, como tambien de Ricardo Wagner, netamente anarquista en sus escritos del 1849.

¿Porqué, entre todos estos, habria de ser Bakúnin el único que se desinteresara por la idea anarquista? Dígase esto de las teorias socialistas, de las cuales no quiso abrazar ninguna. El concebia un socialismo, un anarquismo completamente suyo como todo pensador independiente. Se podria afirmar que el socialismo de los otros no le pareciese suficientemente libertario, y la anarquía de Proudhon le pareciese muy poco colectivista.

Alguien podrá—refiriendose a la incriminada "Confesión"— sostener que las ideas de "dictadura" y "disciplina" en ella expresadas se dan de puñetazos con la concepción precisa del socialismo libertario. Pero no hay que perder de vista que el movimiento obrero estaba entonces en pañales. Además Bakunin no conoció la Inglaterra de aquel tiempo con su movimiento cartista, su cooperación y sus uniones profesionales en lucha victoriosa contra las leyes de coalición que, en el continente, impedian toda manifestación del movimiento obrero colectivo, reduciéndolo a sociedades secretas o a circulos públicos sin importancia.

El no conoció más que estos comienzos ineficaces y el gran objetivo final; en cuanto a los medios, aceptaba una revolución que fuese lo más completa posible y que se dirigiese mucho más a las cosas que a los hombres, es decir, una revolución capaz de crear, con la distribución y la repartición, un estado de cosas tan diferente y nuevo que, aunque fuera derrotada, el retorno a las condiciones del pasado fuese imposible.

No confiaba para esto en el parlamentarismo (que conoció entonces bajo la forma que adquirió bajo el reinado de Luis Felipe, es decir, el sistema del turno de los dos partidos burgueses) y tuvo el mayor horror a las asambleas legislativas. Y como el pueblo parecía sumido en su letargo, no veia el remedio mas que en una dictadura de buena fe que despertaría al proletariado con una educación saludable y desapareceria poco después. El no quería ser dictador, así lo afirma en la "Confesión"; esperaba perecer en la lucha, porque pertenecía a los demoledores; otros, mejores que él surgirían para reconstruir.

Esta concepción educativa de la dictadura pertenece, pues, a la infancia del movimiento, es decir, cuando todavia no habia nada; y los que ahora pretenden servirse de ella como de un argumento en pro de la dictadura actual, demuestran así como para ellos el pueblo aún sigue siendo niño. Cuando, alrededor del año 1860, Bakunin, Proudhon y otros vieron que por fin el pueblo despertaba, fueron de los primeros en salu-

Nada de soldado rojo, ni de soldado blanco: ¡proletarios, hermanos, productores! Iguales en el trabajo, iguales en el disfrute de las riquezas sociales. Fraternidad, amor, bienestar. Y para esto, las armas sobran.

Soldado rojo o blanco, asesino al servicio de los poderosos, de los mandones: he ahí la misión del que se transforma en una pieza mecanizada, en un elemento inconsciente de destrucción y aemuerte.

En el trabajo está la única, la verdadera redención. Hermano soldado: toma la azada y deja el fusil. No seas un asesino de profesión, o un imposible instrumento de muerte y exterminio.

der esta evolución y en alentar a los trabajadores a emanciparse por sí mismos.

En 1848-49, no se le presentó a Bakúnin ninguna ocasión de elaborar y de proponer sus ideas sociales, y él sabía además que esto interesaría muy poco a Nicolás 1.o, por lo que se limitó a pintarle algunos cuadros del inevitable derrumbe del sistema actual, a referirse a la ineficacia de los sistemas desde entonces propuestos para sustituirlo, a diseñar la revolución del modo que él la proyectaba para Rusia y los demás países, pero sin indicar sus ideas sociales en su conjunto.

Si estas ideas no ocuparon un primer puesto en su acción en 1848-49, no es porque no las tuviera; ello depende del hecho de que Bakúnin hubo de apoderarse exclusivamente de un factor, que determinó desde entonces su acción: el nacionalismo, del que examinaremos la influencia que ejerció sobre él y que, a mi modo de ver, fué desastrosa.

* *

No se puede menos de recocer que muchos puntos de la "Confesión de Bakúnin pueden desagradar a un lector moderno; pero es necesario tener en cuenta que las ideas que allí se expresan pertenecen o a la máscara que Bakúnin había adoptado al redactar estas "Confesiones", o a las concepciones particulares a su época, concepciones que hoy nos parecen atrasadas y fuera de lugar. Además, la mayor parte de estas ideas estan inspiradas en el nacionalismo de Bakúnin, desenfrenado como todas sus ideas.

El origen de este nacionalismo se debe buscar—lo mismo que en el caso de Kropotkín — en la educación militar, educación que condujo a Bakunín a su breve carrera de oficial de artillería, que luego abandonó espontaneamente. El período metafísico a lo Fichte lo mantuvo suspendido en la región de las nubes, y en el período hegheliano proclamaba que "lo que existe es razonable, y lo que es razonable existe" aceptando "nuestra bella realidad rusa". Mas tarde escribía: "En mi calidad de empedernido hegheliano, me imaginaba poseer lo absoluto, y, desde la cima de esta supuesta verdad suprema, tendía con desprecio la vista sobre aquellos que estaban debajo de mí." Y en otra parte, en un escrito publicado en 1870: "Despues de los Decabristas, el liberalismo heróico de los aristócratas cultos se transformaba en un liberalismo libresco, en un mas o menos sapiente doctrinarismo, volviéndose así cada vez mas impotente... Las preocupaciones de su tiempo eran echadas en olvido, despreciadas mas bien, y por su capacidad para la propia satisfación metafísica, todos ellos consideraban como una pueril jactancia cualquier pensamiento revolucionario, cualquiera tentativa de protesta pública audaz. Yo hablo — escribe — con conocimiento de causa, puesto que en 1830, arrastrado por el heghelianismo, cometía yo tal pecado..."

El grupo que encabezaba Alejandro volvió de una internación en provincia, volvió de una internación en provincias, oponía su radicalismo socializante a este conservadorismo feroz; y el mismo Herzen narró como las consecuencias reaccionarias de este conservadorismo filosófico hicieron reflexionar a Bakúnin, cuyo tacto revolucionario contribuyó a impulsarlo despues en la dirección opuesta.

Bakunin profesaba entonces un sentimiento de verdadero desprecio por los franceses, por su insuficiencia filosófica, su ligereza, sus revoluciones; pero aun sintiéndose atraído por la filosofía alemana, compartía las opiniones corrientes en Rusia sobre el pueblo alemán, y en Berlín — entre el 1840 y 42 — pudo curarse, dice, de su enfermedad filosófica, rechazando en un sólo haz la filosofía, los profesores y el pueblo alemán. En Rusia Bakunin conoció a los primeros eslavófilos, nacionalistas hasta la médula. La vida política en Suiza, con sus intrigas mesquinas, la francesa, con su burguesía mediocre, no lo impresionan. Empujado al exilio por los decretos del gobierno ruso que no le permiten un retorno a la patria, se encuentra siendo un exiliado ruso solitario frente a una numerosa colonia polaca, y experimenta un sentimiento de aversión por el nacionalismo sórdido de los polacos que no buscaban más que desencadenar una guerra Europea contra Rusia en vista de la reconstitución de Polonia.

Desde el 1846, Bakunin propone, en cambio, que se haga la revolución rusa para crear una federación de todos los pueblos eslavos, una república eslava una e indivisible, federativa en su administración, centralista en sus relaciones políticas. Los polacos no querían esto (así al menos lo afirma en sus prudentes confesiones, destinadas ante todo a presentar del modo menos desfavorable la causa polaca) Así, en abril de 1848, se proponía transformar la proyectada guerra polaca contra el pueblo ruso en una guerra de los eslavos reunidos contra el emperador de Rusia. Pero no tenía a su alcance otro medio que el de sostenér su idea en el congreso eslavo de Praga, y allí su objetivo inmediato fué el de lanzar a los eslavos de Austria y de Hungría a la revuelta, a la destrucción del imperio austriaco, con la esperanza de poder servirse de este movimiento para la propaganda revolucionaria extendida a toda Rusia y para la lucha contra el zarismo. Para llevar a cabo este plan suyo no ponía esperanza alguna en el concurso de los tudescos y de los polacos, pero contaba solamente con el de los tchecos, de los yugoeslavos y de los otros pueblos de raza eslava.

Estaba sugestionado por esta idea. No conocía nada de los eslavos austriacos, pero no tardó en penetrar sus propósitos y sus ambiciones políticas de entonces que tendían a muy distinto fin; por lo que a pesar de su buena voluntad, todos sus esfuerzos para obtener una cooperación a favor de el objetivo que el se había fijado, resultaron vanos.

Tanta era su alegría al encontrarse en medio a todo este mundo eslavo, nuevo para él, que se olvidaba—así lo afirma— hasta de la democracia occidental. Y sin embargo en su proyecto de federación eslava (aun en su forma imperfecta que conocemos), introducía cuanto le era posible de espíritu anarquico, de socialismo, y de sus otras ideas políticas; de modo que este documento que a primera vista puede parecer únicamente nacionalista sirve tambien para reseñar las ideas generales del que lo redactó. En suma, no se puede negar que, en esta su propaganda y este su esfuerzo para organizar un movimiento, estudiaba el modo de aplicar las ideas y métodos más avanzados, idealistas, y revolucionarios; y si no fué correspondido con algún apoyo recíproco, no es a el a quien debe atribuirse la culpa.

Así sucedió que despues, tras el descalabro sufrido, quedó por muchos años aun, cogido en el engranaje fatal del nacionalismo.

Permanecía sugestionado por las mágicas palabras que mantienen unidos a todos los eslavos: "maldito sea el germano"; palabras cuyo poder puso a prueba, constatando siempre su influencia hasta sobre los polacos, los más rehacios a la unidad eslava. En el congreso de Praga el odio a los germanos fué el motivo inagotable de todas las discusiones. No bien dos eslavos se encontraban juntos, sus primeras palabras eran casi siempre de odio para los germanos, como para asegurarse recíprocamente que eran eslavos genuinos y a toda prueba. El odio a los germanos era la primera base de la unidad y de la recíproca entente de los eslavos; y tarde o temprano vendría el día en que los eslavos destrozarían el yugo teutón y entonces ya no habría más eslavos prusianos, austriacos ni turcos

No puede sorprender, pues, el hecho de que la opinión pública alemana en 1848 se mostrase hostil a ese congreso lo mismo que a las aspiraciones eslavas en general.

Esto irritó a Bakúnin hasta tal punto que no podía ya hablar con calma a un aleman, y una vez tuvo que contenerse para no pegar a un mendigo alemán que le pedía limosna (Breslau, 1848). Esta constatación, por boca del mismo Bakúnin, resulta mucho mas penosa cuando se piensa que este hombre se había manifestado, desde 1835, entusiasta partidario de la filosofía alemana, que había vivido durante tres años en países de lengua alemana, en la intimidad de hombres avanzados como Ruge, Herwegt, Vogt, Reichel (este, junto con Adolfo Vogt, los únicos que lo asistieron despues, en 1876, en Berna en su lecho de muerte). He aquí a lo que puede conducir a un hombre la aberración del nacionalismo.

Y Bakúnin fué arrastrado mucho mas lejos aun por esta aberración, pues fue precisamente en esa misma época (1848) que escribió un memorial al zar Nicolás 1.o, en el que — esta vez como hombre libre y espontáneamente — pedía ser perdonado por sus pecados, y en el que invocaba del zar que viniera en ayuda de los eslavos oprimidos, los acogiera bajo su protección, se constituye en su salvador, su padre, el zar, en fin, de todos los eslavos, y que agitara el estandarte de la unidad eslava en la Europa occidental... Esta carta, afirma Bakunin, quedó sin terminar y fué después echada al fuego.

Esto, sin embargo, no impide a Bakunin asegurar al zar — en su "Confesión"—que ese era entonces el estado de ánimo de los polacos y que tambien ahora (en 1851) estaba convencido de que si el zar se decidiese a levantar el estandarte del eslavismo, todos los polacos, todos los eslavos de Austria y de Prusia se pondrían bajo las amplias alas desplegadas del águila rusa y marcharían no solo contra los odiados tudescos, sino tambien contra la Europa occidental. (En este punto de la "Confesión", Nicolás anota al margen: *No lo dudo; me habríais puesto a la cabeza de la revolución como un cualquiera Masaniello eslavo; muchas gracias!*)

La guerra eslava, que debía traer la revolución popular en Rusia y destruir el zarismo (segun Bakúnin, abril 1848) se transforma, pues, en su mente y se convierte, en una guerra rusa para la anexión de todos los eslavos al imperio moscovita y dirigida contra Alemania y todo el occidente, incluso Francia e Inglaterra. He aquí a cuales aberraciones puede conducir el nacionalismo aun cuando los afectados sean hombres inteligentes, ponderados e integérrimos como Bakúnin.

Esta su convicción no lo abandonó ni siquiera en 1860, época en la que, en una carta privada a su fiel amigo Herzen, se extiende en elogios para Muravieff-Amurski, (ex gobernador de la Siberia oriental), al que atribuye casi las mismas ideas que el insinuaba al zar en 1851. Cuando, evadido y libre al fin, pone sus pies en territorio americano, en San Francisco, su primera carta a Herzen contiene el mismo grito, repetido despues en sus cartas de Londres en 1862. El acceso de fiebre nacionalista de abril de 1848 no da señales de calmarse hasta 1863. Pero la fiebre permaneció latente en el, que nunca pudo extinguirla completamente, como lo prueban las reapariciones frecuentes, bajo aspectos diversos, durante el último decenio de su vida.

La ironía del caso fué que, a causa de la inacción completa de los eslavos, desde el otoño de 1848 Bakúnin debiese coordinar su acción, o sus planes, a la conspiración revolucionaria alemana tramada en aquella época de modo de preparar una insurrección para la primavera del 1849. A este objeto imaginaba una revolución tcheca a la que, fuera de algún joven tcheco o alemán, los tchecos y los otros eslavos eran completamente extraños. La espera de este movimiento lo retuvo en Dresde, donde lo sorprendió la revolución alemana que estalló allí (en mayo de 1849). Participó en ella del modo más determinado, exponiéndose a las mayores responsabilidades y resistiendo hasta el último, mientras los polacos que lo acompañaron se habían eclipsado. Por último fué arrestado con sus compañeros alemanes, y así terminó su acción de los años 1848-49.

Estos repetidos fracasos de sus espectativas eslavas — hecho palpable y notorio — debía inducirlo de una buena vez a un serio examen de conciencia; y la crítica severa que sobre esto expresó en la "Confesión" no puede, por consiguiente, producir sorpresa alguna. Pero él está muy lejos de reconocer su extravío nacionalista, extravío por el cual privaba a las revoluciones de 1848-49 del auxilio mucho más eficaz que su cooperación habría podido dar, si se hubiese mantenido en el terreno de las ideas libertarias y humanitarias que fueron el verdadero fundamento de su personalidad.

El nacionalismo es una insidia que se abre ampliamente ante vosotros, pero de la cual, una vez dentro, no se sale más. Se cree penetrar en él a lo largo del bello sendero florido: "nacionalidad, autodeterminación, independencia, libertad, fraternidad, paz, humanidad"; pero pronto se es aferrado por un engranaje tenaz que os retiene en el camino ensangrentado: "nacionalidad, autodeterminación... Estado, autoridad, odio recíproco, guerra, barbarie y miseria general".

Porque la realización de los fines nacionalistas conduce infaliblemente al Estado, el Estado nuevo o el engrandecimiento de un Estado ya existente; y quien dice Estado, dice multiplicidad de los Estados, odio y rivalidad entre los Estados, y, por consecuencia, guerra, latente o aguda, guerra de hoy o guerra de mañana. Entonces todos los medios son lícitos y los Estados menores se ponen bajo la protección, a remolque, de los grandes Estados. Así Bakunin, no pudiendo conquistar a Rusia con los eslavos rebeldes, exhorta al imperio ruso a conquistar los otros países eslavos: república eslava o imperio ruso universal, poco importa, con tal de que sea alcanzado el fin nacionalista, la reunión de todos los eslavos. De allí no se escapa; quien se deja atraer por la insidia nunca podrá substraerse a ella.

* * *

Solamente aquellos que se consideran inmunes de toda falta nacionalista tienen el derecho de vituperar a Bakunin a causa de sus yerros a este respecto. Yerros que nos sirven de aviso a todos, aun cuando nos revelen el lado débil de un hombre de grandísimo valor. ¿Qué importa? Nosotros desconfiamos de los santos más que de los pecadores, porque queremos hombres de carne y hueso, no fantasmas libres de pecado, pero vacíos también de cualquier otro contenido. La "Confesión" incriminada pone ante nosotros a un ser humano en lucha con verdugos despiadados, un hombre que tiene nuestras mismas debilidades. ¡Más vale así! Nuestro amor para él es más grande, porque — no obstante estos obstáculos — supo dar su propia existencia a la lucha generosa por la libertad y por el bienestar de sus semejantes.

Max NETTLAU

Marzo, 1922.

* * *

El fástuo de París

París mantiene, desde hace años, el centro de la elegancia. A París van los estancieros de América, los enriquecidos en explotaciones africanas, todos los que lograron alcanzar en su desenfrenada carrera la rueda de la Fortuna. París es el centro de gravedad de la moda, el árbitro del refinamiento mundano, el que marca la senda a la cultura burguesa. Pero París — el París de antes de la gran guerra — tenía también a Montmartre, su cerebro, ensombrecido hoy por lor tragedia que llevó la locura hasta ese rincón espiritualmente alejado del París de los mercaderes y de los políticos.

El fastuo de París recuerda a la época de los Luises. Nadie habla del París intelectual y revolucionario, de la "ciudad luz" que sirvió de guía a los pueblos por espacio de un siglo... Hoy es el París de los arrastrasables, de los políticos, de los chauvinistas, de los republicanos cortesanos y de los nuevos ricos, el que lo llena todo y causa al mundo de la estupidez una admiración que llega al límite de la imbecilidad.

De ese París fastuoso y cretino, refugio de estancieros idiotas, de cocotas y de fumistas de toda especie, hablaba un corresponsal perfumado, en los siguientes términos:

"La vida diplomática de París empieza a recobrar el ritmo fastuoso de antes de la guerra.

Aparte de las embajadas de Alemania y Austria, eliminadas como centros de mundanismo, las representaciones de los demas países se disponen a abrir sus salones al cuerpo diplomático y a la sociedad francesa.

Actualmente se ultiman las obras en la nueva embajada de España, situada en el antiguo hotel de los príncipes de Wagram, Avenue George V, adquirido por el gobierno español, así como la instalación suntuosa en la planta baja de la gran sala de fiestas Luis XV y del comedor en mármol negro y blanco, Luis XIV.

El director de la Real Fábrica de Ta-

pices de Madrid, dirige los trabajos de decoración.

La legación de Dinamarca ha adquirido el antiguo edificio de la Embajada de España, avenida Marceau, y prosigue los trabajos de reparación del mismo.

Suiza ha comprado un hotel de la avenida Hoche; Bélgica gestiona la adquisición de un palacio y hasta países pobres como Hungría, Polonia y Checoeslovaquia adquieren edificios propios en París.

Esto hace que la colectividad argentina aquí residente se reafirme en el juicio que ya transmitiera hace algún tiempo, de la conveniencia de que el gobierno se ocupe en asegurar al sucesor del doctor Alvear una representación digna del rango internacional de la Argentina, con el fin de que no decaigan las tradiciones de la legación, tan brillantemente sostenidas por los señores Larreta y Alvear".

Sí, hay que mantener en el fastuo de París la tradición de este país vacuno. Que los hijos de estancieros ricos que van a París a estudiar "buenos modales" y a gastar dinero, no se avergüencen de *nuestra* embajada y de la pobreza del embajador, de la embajadora y de los embajadorcitos...

Motivos de Arte

Escuelas nuevas e innovaciones

Vibristas, Tactilistas, Dadaistas, Nunistas, Futuristas, Caligramistas, Imaginistas...

La última palabra en poesía nos viene de Moscú. La dicen en poesía Vadin Cherchenevitch, Anatole Marienhof y Serge Ecenine. La dicen en pintura Herdmann, Solovky y Akeulov. Son IMAGINISTAS. Han hecho de su manifiesto una edición casi igual a las ediciones que hace Lenin de sus programas de comunismo de izquierda.

Los imaginistas aman la palabra como palabra, ya que la palabra es en realidad una imagen. El contenido de la palabra y su valor auditivo no les interesan. Eso se en el campo de la filosofía y de la música. La imagen, para la escuela, no es un medio de transmitir los pensamientos, es, en sí, un fin. El evangelio, para esta escuela eléctrica, es la imagen como a tal. No reconocen la organización de las imágines. Quieren la poetización de la poesía eliminando de ella el naturalismo, el futurismo, la filosofía...

Una muestra que aclarará tan *prometedor* programa. Es un poema de Anatole Marienhof, y se titula "Los latidos".

Precisión... Sssss... Oh! Oh! Oh!
Amar. Tarde. Corren velas. Libertad.
Un gato... Sentimiento de derrota... Sssssss
Caerse. Rodar. No... Humo... Silvidos...
Cae extrangulada
Fingir... Niebla.

Los imaginistas aseguran que su programa es definitivo, ya que cada día tienen mas adeptos en la Rusia sovietista. Para el caos extraordinario que es la actual Rusia de los soviets, nada mejor que los poetas imaginistas! ¿Programa definitivo el imaginista? Por fortuna creemos que no... y creemos que despues de ellos, y mas nuevos aun que el de ellos irán viniendo otros programas que patrocinarán lo clásico y otros programas llenos de desorden. El eterno ir y venir...

Por el momento confesamos que, aun sin creer en los Imaginistas ni en su trascendencia, los aceptamos con beneplácito. Las innovaciones, — aunque vengan de la Rusia de los soviets, nunca se pierden del todo y sirven para desmomificar el ambiente literario. Los "Látigos" de Marienhof nos abren a la interpretación una puerta que nos había cerrado el forma sonsito, hecho con molde que la vanidad dá al público. ¿Qué no dicen nada estas palabras sueltas? Tal vez no. Tampoco dicen nada aunque crean decir mucho, los versos al sol, al riachuelo y a la cabañita, versos corrientes y manoseados, versos muertos, versos que repiten con pocas variantes, sin interna emoción, centenares de versos corrientes y manoseados... (Magnífico Berlamine, tu, el loco, comprendiste bien que se repiten las palabras sin saber lo que valen, y que ponías más vida en tus elucubraciones que en muchas filosofías).

No somos Imaginistas, ni Vivristas, ni Dadaistas, ni Nunistas, ni Futuristas, ni Caligramistas. ¡No nos fija catálogo! Pero amamos el tanteo, la búsqueda, la agitación. Y si bien no renegamos del ayer en favor del mañana, decimos que no hemos de repetir el ayer y que es la obra del hoy la que nos es preciso crear.

Las guerras futuras por el petróleo

Lo que las conferencias internacionales no dicen — El porvenir que se les prepara a los pueblos

A Génova fueron los políticos para intentar la reconstrucción de Europa. Así lo anunciaron pomposamente. Lo que esa conferencia fué no es necesario decirlo, porque hasta los diarios y publicaciones más conservadores y reaccionarios nos hablaron de sus resultados con cierto excepticismo y un desdén mal encubierto. ¿Qué se hizo? De concreto, que el mundo sepa, nada. Se vislumbra una futura alianza entre la Gran Bretaña e Italia. Hay el famoso tratado de Rapallo entre bolcheviquis y alemanes que abre las puertas de Rusia a los capitalistas de Alemania, y nada más. Los grandes traficantes del mundo no pudieron entenderse, y de lo que más les interesaba, lo que para ellos es cuestión vital, no dijeron palabra. Como los chamarileros de feria, hablaron de todo, del tiempo, de la lluvia, del porvenir de la humanidad, etc., pero no tocaron el asunto más importante. Y este asunto es el de los yacimientos de petróleo que, de por sí, puede dar una supremacia incontestable a la nación que logre acapararlo. Todas las maniobras, el arreglo con Rusia, el distanciamiento de Francia con Inglaterra, la velada hostilidad de Norte América, no obedece más que a una causa: a la política de acaparamiento que la Gran Bretaña está llevando a cabo con los pozos petrolíferos del mundo. Inglaterra desea el arreglo con Rusia porque con los yacimientos de petróleo que existen en Rusia podrá asegurar su hegemonia mundial por muchos años.

Y es que si se medita bien, la cuestión del combustible es, hoy por hoy, una de las más formidables del mundo. Todavía serán muchos los proletarios que habrán de despedazarse para conquistar la supremacia petrolera de una nación sobre otra. Parece increíble, pero es así.

Basta pensar que a esta cuestión del petróleo está vinculado el porvenir de la marina de guerra de las naciones, de los ferrocarriles, de la industria automoviliaria, de la aviación, y, en una palabra la suerte de toda la grande y la pequeña industria, para darse cuenta de la gravedad del asunto. Y es que al venir el petróleo a substituir la hulla como combustible más apropiado para los grandes trasatlánticos y acorazados, el petróleo ha invadido el campo de los conflictos internacionales. Actualmente las dos mayores potencias económicas del mundo, o sean los Estados Unidos e Inglaterra, se disputan el dominio del precioso combustible, arrastrando en pos de ellas a las demás naciones.

Hasta el presente es Inglaterra la que parece llevar la ventaja en esta nueva "guerra del fuego". De ahí sus dificultades con Francia y la sorda oposición de los Estados Unidos. No solamente la Gran Bretaña ha logrado desasirse del privilegio norteamericano, que amenazaba, a la vez, su supremacia naval y su porvenir económico, sino que es ella la que va a dar la ley a su poderoso competidor. Aunque según estadísticas recientes, la producción de todas las compañías inglesas reunidas, apenas alcanza a un tercio de la "Standard Oil" que encabeza en Nueva York el truts del petróleo americano, lo cierto también es que, de acuerdo con los pronósticos de algunos técnicos, el suelo de los Estados Unidos va a agotarse en breve. Por datos de una publicación financiera norteamericana, se sabe que los yacimientos estadounidenses, apenas si contienen unos siete mil millones de barriles, cantidad que alcanzará para el consumo nacional de unos 18 años.

Por otra parte, en esa misma publicación, en son de alarma, se hacía notar que la "Standart Oil" ha limitado su explotación a un campo por demás restringido, como son los Estados Unidos y una parte de Méjico. La "Standard" obtiene las ocho décimas partes de su producción en los Estados Unidos; otra décima parte la saca de Méjico y la otra se la ha asegurado en Rumanía, por medio de las concesiones allí obtenidas. La "Standard" ha tratado de explotar la América del Sur, particularmente el Perú y Bolivia; pero no ha logrado allí sino cosas de poca importancia.

Control que ejerce Inglaterra

En cambio, puede darse la vuelta al mundo y no se encontrará un solo país productor de petróleo, en donde Inglaterra no tenga el control de sus fuentes más importantes.

En efecto, por medio de "Shell Transport", de "Mexican Eagle" y de la "Royal Dutch", poderosa sociedad holandesa en la que lograron los ingleses meter la mano después del armisticio, la Gran Bretaña posee hoy plena propiedad sobre todos los campos petroleros del mundo, comprendidos los Estados Unidos, Rusia, Méjico, Rumania, Egipto, Venezuela, Trinidad, la India, Ceilan, el Norte y Sur de China y las Filipinas. Esto explica que todas esas pomposas conferencias internacionales no lleguen a ser más que gruñidos de perros, disputándose un hueso con bastante pulpa.

Hay que saber que por conducto de la "British Controlled Oil Field Limited", nueva sociedad anglo-canadiense, formada con un capital de 40 millones por un grupo de capitalistas de Londres con el objeto de adquirir campos petroleros en toda la América Central, en Méjico y en el Brasil, la Gran Bretaña ha adquirido concesiones en Venezuela, Guatemala, en Panamá, Ecuador, Costa Rica, Colombia, Nicaragua, Perú, Honduras, en la Isla de Trinidad y en la Guayana inglesa. Los contratos celebrados, — según el ante citado periódico norteamericano — asegurarán la perpetuidad del absoluto control a los intereses ingleses. Así por ejemplo, ninguna corporación de ciudadanos norteamericanos podrá adquirir nunca en la América Central una situación semejante a la que de una vez y para siempre, se le ha asegurado allí a la "British Controlled Oil Fields Limited" y su poderoso protector: el imperio británico.

Convenio con Francia

¿Cómo pudo Francia ceder a Inglaterra sus yacimientos petrolíferos? En esto, Francia, no ha hecho más que obedecer a las leyes imperiosas de la necesidad que aconsejan cuando se es débil, aliarse con el más fuerte. Y en 1920, en San Remo, el gobierno francés cedió a la Gran Bretaña todos los intereses petroleros, tanto en las colonias como en el extranjero. En virtud del convenio celebrado, los ricos yacimientos de nafta de la Mesopotamia serán explotados por una compañía privada que trabajará bajo el control británico permanente. Los franceses podrán subscribir la tercera parte del capital, mediante la cual tendrán derecho a una cuarta parte del petróleo producido, al mismo precio que los otros socios.

Por aquel mismo convenio el gobierno francés se ha comprometido a facilitar a todas las corporaciones franco-británicas de buena reputación, que otorguen las garantías necesarias, la adquisición de concesiones petroleras en las colonias francesas, en los protectorados y en las zonas de influencia, comprendiendo Argelia, Túnez y Marruecos.

La vieja zorra inglesa

Negar que la zorra inglesa supo maniobrar muy bien, es lo que ni siquiera intentan hasta sus mismos enemigos. Diez años atrás Inglaterra no poseía ni una sola fuente de petróleo. Hoy ejerce el control sobre las dos terceras partes de las reservas mundiales de este artículo. Y al prohibir a los extranjeros que posean o adquieran campos petroleros en las islas británicas, en las colonias y en los protectorados, y al prohibir a las sociedades británicas que vendan a los extranjeros, puede decirse que han cerrado la puerta a las empresas norteamericanas.

"Con excepción de Méjico y de una pequeña parte de la América Central, — escribía Sir Mackay Edgar en "The Times" — el mundo entero está prevenido contra el ataque de las fuerzas norteamericanas. Estas pueden librar aquí o allá alguna escaramuza; pero nunca una batalalla en debida forma. La posición inglesa es inexpugnable".

¿Habéis comprendido?

Pero los norteamericanos no son gen-

Después de la Conferencia de Génova

Con el consentimiento del dictador Lenin, los "bandidos capitalistas" se disponen a hacer el reparto... de Rusia.

te a quienes se pueda acorralar impunemente. Ellos luchan por imponer su hegemonía. Ya han protestado, y sus diarios están furiosos contra la política de acaparamiento seguida por el gobierno inglés.

"Semejante política — escribía hace poco M. Franklin F. Lane, ex secretario de Wilson — ha inspirado a los norteamericanos el temor de que Inglaterra tratara de impedir el desarrollo naval de los Estados Unidos.

¿A dónde conducen estos procedimientos? ¿A la paz o a la guerra? ¿Es admisible que Inglaterra — no los capitalistas ingleses, sino el Estado, el gobierno de la Gran Bretaña, es decir una entidad política — se apodere de un mercado de esta importancia y desaloje de él al mundo entero? ¿No es evidente que ya no los nacionales, sino los Estados mismos, representados por los gobiernos se dediquen a la competencia económica, transformándose en casas de comercio o en firmas industriales?"

Sí, es demasiado evidente. Por otra parte, la orientación del gobierno de los Estados Unidos, es idénticamente la misma. Su protesta no tiene un origen más humanitario que la de Inglaterra, si mañana se viese despojada de sus posesiones.

Y agrega el secretario norteamericano: "¿Cómo esperar entonces un apaciguamiento en los conflictos? ¡Con semejante política han de agravarse y reagravarse sin cesar a causa de las rivalidades comerciales!"

Este grave aviso ha sido renovado varias veces por la administración Harding y es lo que, en realidad, motiva todas las reticencias de la política norteamericana, tanto en la Conferencia de Washington, como en la de Génova y etc. Por su parte, tanto Lloyd George, como Lord Curzon y sus socios ingleses en los grandes trusts británicos, se hacen los desentendidos. Lloyd George, por el momento, habla de la felicidad de los pueblos y de la reconstrucción del mundo, pronunciando peroraciones brillantes que solo están encaminadas a despistar a la opinión pública que, por cierto, no es ni muy sagaz, ni muy analítica.

Nuevos conflictos nos esperan. Las guerras futuras por la posesión de los yacimientos de petróleo, quizá no las presenciemos nosotros, pero nuestros hijos y nuestros nietos inevitablemente tomarán parte en ellas si el proletariado no pone remedio, adoptando medidas radicales. He ahí lo que se elabora en el seno de todas estas conferencias internacionales! No es la felicidad de los pueblos lo que se persigue sino la prosperidad de los negocios de unos pocos, quienes no vacilarán en apelar a la masacre colectiva para proteger sus particulares intereses. No pretendemos ser profetas, pero esto será así, si por desgracia las fuerzas proletarias siguen siendo tan apáticas y no procuran ver claro y obrar en consecuencia.

Basta ya de protestas subalternas y de luchas intestinas; es necesario que los que tengan alguna ilustración demuestren y repitan hasta el cansancio, no con diatribas, sino con cifras, hechos y datos, el espantoso porvenir que le está preparando a las futuras generaciones el capitalismo actual, cuyo egoísmo monstruoso y cuyo anhelo de felicidad animal, llegará a ser la ruina del mundo moderno. Mientras los proletarios no procuren educarse, fortaleciéndose en todo sentido, mejorándose a fin de torcer el curso de los acontecimientos, el triunfo del pueblo continuará siendo muy problemático.

LA JUSTICIA (Apólogo)

por Luis BERMEJO

Eranse dos ratones más pobres que las ratas y hambrientos como dos cesantes de comedia. Habían pactado entre sí una alianza ofensivo-defensiva, y como la unión hace la fuerza, lograban salvar todos los peligros y ganaban ricos botines, que equitativamente repartían entre los dos.

Un día tuvieron un hallazgo felicísimo: algo que por su materia era exquisita golosina: por su tamaño, incalculable riqueza para los ratones, y por su forma, botín fácilmente transportable a donde se le quisiera llevar.

En suma: un queso de bola, un queso hermoso, fresco y rubicundo, cuyo aroma ponía los dientes largos, y cuya corteza blanda y sonrosada estaba diciendo: *Comedme.*

No hicieron tal cosa los dos ratones, porque riqueza semejante no era para consumida en dos bocados y optaron por empujar al queso, llevándoselo por delante y discurriendo por el camino que es lo que habían de hacer con aquel portento que les había deparado la suerte. — El queso es de los dos — dijo uno — pero ¿cómo partirlo?. — ¿Cómo partirlo en dos mitades verdaderas? Y acordaron acudir al juez para que hiciera la partición. El juez era un mono de lo más listo y avispado del género. Enterado de la súplica de los ratones, descolgó de un clavo la espada de Themis y de otro la balanza de Astrea. Cogió el queso y se dispuso a administrar justicia. Después de muchas pruebas y tanteos, partió el queso y puso cada mitad en el platillo. El fiel se inclinó una miajita por un lado.

No hay que apurarse. El mono mordió el pedazo mayor y volvió a pesar. Entonces pesaba más del otro lado.

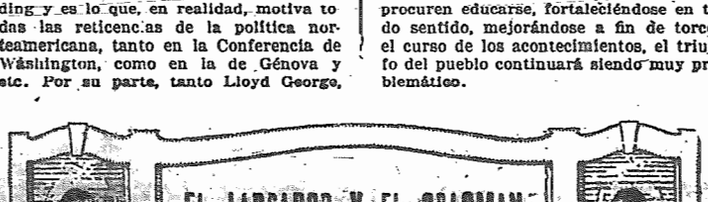
—Con otro mordisco arreglo — dijo el juez. Nueva pesada, y ¡oh, dolor! Nuevo desequilibrio.

El mono volvió a morder y a pesar, y a repetir la operación.

Y los trozos de queso menguando.

Y los ratones quietos; inquietos, mejor dicho.

¿Y a qué seguir? Los mordiscos acabaron con el queso de bola, y los ratones se fueron cada cual por su lado, algo tristes, pero muy agradecidos del mono, que les había administrado justicia gratis...



Las vidas humanas son semejantes a las vasijas de barro que salen de manos del alfarero. Por delicado que sea su trabajo, todas están condenadas a la destrucción. Nada de lo que existe perdura. La vida es como las aguas de un río: fluyen y se alejan... ¡Jamás vuelven!... Para alcanzar la felicidad, necesario es guardar bien los seis apetitos, de igual modo que oculta la tortuga bajo su caparazón las deformes patas. Es indispensable proteger el pensamiento contra las acometidas del deseo y del pesar, de igual suerte que las ciudades se defienden con baluartes y zanjas..."

Así hablaba Sakyamuni. La siguiente parábola, narrada por él, en tiempos antiguos y traducida al chino, del manuscrito indio, se encuentra en el libro 51 del *Fa-Yuen-Chu-Ling*...

***

Un padre y un hijo labraban un campo durante la estación de las serpientes venenosas. De improviso, el hijo del labrador fué mordido por una de ellas. Y como el desgraciado no conocía ningún antídoto contra la ponzoña, murió a poco. Unos instantes después de ser atacado por el reptil, nublósele la vista y su corazón cesó de latir.

El padre contempló en silencio el cadáver del mozo, que ya comenzaban a roer millones de hormigas. Luego, sin verter una lágrima, tornóse a labrar su campo. Y de vez en cuando sonreía.

Acertó entonces a pasar un bracmán, que desde alguna distancia había presenciado la escena. Maravillóse de aquel padre que, secos los ojos, podía continuar su trabajo y no pudo menos de interrogarle de esta suerte:

—¿De quien era hijo ese hombre que ahí yace inanimado?

—Era hijo mío—contestó el labriego, sin interrumpir su labor.

—Y si era hijo tuyo, ¿como puedes permanecer impasible?

—¡Locura!—Respondió el rústico— Al nacer el hombre ya dá su primer paso hacia la muerte... La plena madurez de su fuerza es el comienzo de su ocaso. Los buenos tendrán su recompensa, y los malos su castigo...¿Para qué, entonces, el dolor y las lágrimas?... A fe que nada pueden contra la muerte... Dime, Bracman: ¿Te encaminas acaso a la ciudad? Si es así, hazme el favor de acercarte a mi casa y de decir a mi esposa que murió nuestro hijo, y que me mande la comida.

—¡En verdad que nunca ví hombre como este! — exclamó el sacerdote —. ¡Feneció su hijo y no ha llorado!... El cadáver, expuesto a los rayos abrasadores del sol, roído es de hormigas. Y este hombre prosigue su tarea y solo piensa en la comida... Sin duda, su corazón no conoce la piedad ni ningún sentimiento humano.

Diciendo así el bracmán, encaminóse a la choza del rústico. Cuando tuvo delante a la madre del muerto, le anunció:

—Mujer, tu hijo ya no es de este mundo. Le mató una sierpe venenosa. Vengo a decírtelo en nombre de tu esposo, quien te ruega que le envíes pronto la comida. Mas ¿también tú permaneces insensible? ¿No tienes ni una lágrima para tu hijo?

La aldeana contestó:

—Señor, ese hijo de que me hablás, sólo recibió de nosotros, sus padres, una vida fugitiva... Apenas si alguna que otra vez me atreví a llamarle hijo mío... Y he ahí que huyó de mi regazo, sin que me fuera dado retenerle. El viajero descansa un momento, y después sigue su jornada, sin que el ventero pueda detenerle por la fuerza. Así son las relaciones de madre a hijo. Que llegue o se vaya, que parta o se quede, la madre no tiene poder sobre su hijo... El mío cumplió su destino... ¿Por qué llorar lo inevitable?

Sorprendido el bracmán, volvióse hacia la hermana mayor del muerto, hermosa joven, en plena florescencia de su belleza, y le anunció:

—Tu hermano ya no existe... ¿Le llorarás tú, acaso?

Oidme, señor — contestó la doncella —: A veces penetra en la selva el leñador, y comienza a derribar árboles, y luego de derribarlos, hace con ellos una balsa, que acaba por lanzar a las aguas espumantes del río. De pronto, desencadénase furioso vendabal. Las ondas, irritadas por el beso del huracán, deshácense sobre la balsa, arrastrada a derecha e izquierda, y acaban por quebrantarla. La corriente impetuosa termina la obra de destrucción, separando los troncos, y éstos, flotando a la deriva, se dispersan para no volver a reunirse... Tal ha sido la suerte de mi hermano. El Hado nos reunió en una misma familia. Y ahora empezamos a separarnos. La vida y la muerte no tienen tiempo fijo. Breve o dilatada nuestra existencia, la unión familiar es corta al fin y a la postre. Mi hermano terminó su tránsito por la tierra. Cada uno sigue su camino, del que le es imposible desviarse. Y puesto que no me fué permitido proteger o salvar a mi hermano ¿por qué llorar lo que no logré impedir?

El bracmán, cada vez más perplejo, interrogó a la mujer del muerto:

—¿Y tú qué dices? ¿No lamentas la pérdida de tu esposo, de ese hombre joven y apuesto que te arrebató la fatalidad?

La mujer tuvo estas palabras:

—Dos aves que llegan, la una del Norte y la otra del Mediodía, se encuentran y se miran... Revolotean en torno de los árboles, y buscan de común acuerdo una rama o un alminar donde cobijarse hasta la aurora. Así fué nuestro destino... Cuando surge por Oriente la rueda dorada, las dos aves abandonan su refugio y vuelan en direcciones opuestas en busca de alimento. Si el Hado lo permite, tornarán a encontrarse... En caso contrario jamás volverán a verse. He ahí lo que a nosotros nos ha ocurrido. La muerte segó su existencia. Y si no me fué dado apartar de su cuello la cuchilla, ¿por qué derramar lágrimas?

El bracmán dijo al hermano del muerto:

—Tu amo murió... ¿No le llorás tú tampoco?

—Señor, replicó —, mi amo y yo solo estábamos unidos por la voluntad del Destino. Yo no era sino un perro que iba tras de un toro. El toro fué muerto, y el perro era demasiado débil para detener el hacha del carnicero. ¿Por qué llorar, si yo mismo ignoro el momento en que seré elegido por la Muerte?

Y el bracmán, maravillado, quedóse silencioso, contemplando las gráciles siluetas de las mujeres... Agiles y contentas, continuaban preparando, a la luz dorada que se filtraba por las rendijas de la puerta, la comida del labrador solitario, que, impasible, trabajaba allá lejos, la tierra fecunda.

Lafcadio HEARN

La prensa es el mejor elemento para instruir al pueblo, pero mientras esté en manos de bandidos políticos y logreros, sólo servirá para perturbarlo.

E. GOLA.

LIBROS NUEVOS

León Tolstoy y Elías Metchnikoff

En este viaje a Rusia conocimos a nuestro gran escritor León Toltoy. Pasamos con él todo un día en su propiedad "Iasnaia Paliana" y ese día nos dejó una impresión para toda la vida.

Fué en la madrugada cuando descendimos en la primera estación ferroviaria a donde habían venido a buscarnos en coche. Había llovido en la noche y esa mañana todo estaba brillante de rocío. Estábamos excitados por la vista de la campiña rusa, de las frescas praderas, del bosque, de los campos, por todo este sencillo paisaje que tanto tiempo hacía que no veíamos y también estábamos emocionados por el próximo encuentro con Tolstoy.

A lo lejos la aldea, y, apartada, la entrada abierta del viejo parque de Iasnaia Paliana. Penetramos en una larga avenida sombreada que conducía a la casa de Tolstoy. La primavera estaba en plena eclosión; todo era flores y perfumes.

La casa y el viejo parque tenían el encanto poético de los antiguos "nidos de nobleza" rusos.

En la escalinata nos recibió la hija de Tolstoy; su benévola simplicidad nos infundió confianza en seguida. Apenas llegamos al vestíbulo, vimos al mismo León Tolstoy bajando la escalera con paso alerta. Lo reconocimos en seguida, aunque nos pareció diferente de todos sus retratos. Su mirada impresionaba desde luego; mirada profunda, penetrante y al mismo tiempo clara como la de un niño. No tenía nada de esa severidad y dureza a que se está acostumbrado a ver en sus retratos; sus rasgos eran mucho más finos e idealizados. Nos vió a los ojos como si quisiera ver el fondo de nuestras almas. Pero, inmediatamente entramos en confianza por la expresión de gran bondad y benevolencia marcada en su rostro. Tenía aspecto fuerte y dispuesto y no parecía estar viejo, de tal manera se le sentía lleno de vida interior. Después de la bienvenida, sus primeras palabras fueron. "Os parecéis; eso pasa cuando se ha vivido juntos mucho y bien". Nos interrogó luego sobre nuestro viaje y sobre la impresión que habíamos recibido de Rusia, después de tan larga ausencia; luego dijo que iba a concluir su tarea matinal.

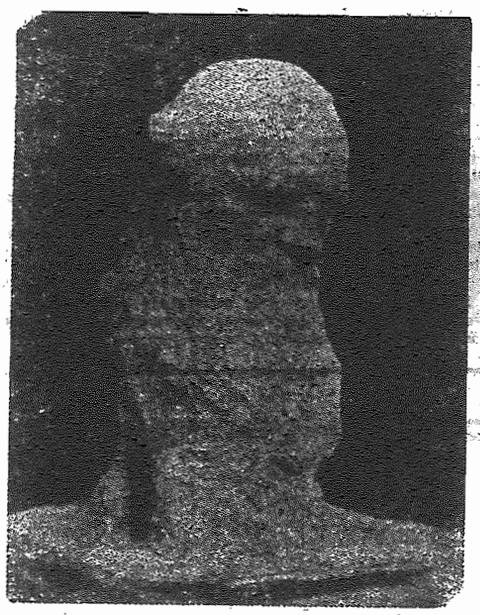
Su hija y su hijo nos condujeron de paseo al parque y a la aldea; el cambio de palabras amistosas con los campesinos indicaba las buenas relaciones entre los habitantes de la aldea y los del castillo.

Desde que volvimos, León Tolstoy reapareció diciéndonos que se daba vacaciones por ese día. Preguntó a Metchnikoff sobre sus investigaciones, sobre el estado actual de la higiene, sobre las aplicaciones de los descubrimientos científicos. Escuchaba atentamente, visiblemente interesado. Al fin de la conversación afirmó que erróneamente se le consideraba como hostil a la ciencia; que él no acusaba sino a la pseudo-ciencia que no tiene nada que ver con el bienestar humano. "En suma, concluyó, Ud. y yo vamos por caminos diferentes hacia el mismo objeto".

Todas sus conversaciones estaban impregnadas de un amor profundo por la humanidad y de un ardiente deseo de servirla. Se habló de literatura y de arte; Tolstoy decía que estaba ahora tan lejos de aquélla, que había hasta olvidado algunas de sus propias obras y que las apreciaba mucho menos que sus escritos sobre las cuestiones de orden espiritual. Le parecía que a veces la belleza de la forma actuaba a expensas del alcance moral del tema. A la objección de que las artes elevan el espíritu, embellecen la vida, respondía que el arte tiene valor en tanto que sirva de lazo entre los hombres y los vuelva más puros; pero que su importancia moral sobrepasa en mucho su valor estético.

Contó que había concebido una nueva obra sobre el movimiento social en Rusia, y a este propósito se habló de las represalias políticas. La conversación sobre las deportaciones, las prisiones, las ejecuciones lo hacía visiblemente sufrir. Su mirada, que se había tornado triste y dolorosa, mostraba su alma vibrante.

Sobre la cuestión agraria, se pronunciaba por la nacionalización de las tierras y se mostraba muy entusiasta por Enrique George. Creía que la supresión



de la comuna en Rusia había sido una gran equivocación. Metchnikoff le replicaba que observaciones personales en "Pequeña Rusia" hablaban, al contrario, en favor de la propiedad individual que daba mejores resultados de cultivo.

Tolstoy manifestaba una perfecta tolerancia y las conversaciones se desarrollaban apaciblemente sobre temas varios. En todo lo que decía se entrevelía, sin cesar, la belleza y elevación de su alma.

Después de almorzar deseó tener una conversación seria con Metchnikoff, y lo llevó en coche; que conducía él mismo. De camino, volvió a la cuestión de la ciencia. Encontraba que la humanidad estaba de tal manera abrumada de miserias y había tantas cuestiones urgentes por resolver, que había, ante todo, que trabajar en este sentido y que no tenía el derecho de ocuparse en especulaciones abstractas sin relación con la vida. "La noción del peso o de la dimensión del planeta Marte, qué beneficio puede traer al hombre?", decía.

Metchnikoff replicó que la teoría está más próxima a la vida de lo que parecía y que muchos beneficios alcanzados por la humanidad se deben a observaciones científicas de orden abstracto. Así, el descubrimiento de las grandes leyes inmutables de la naturaleza da al hombre la conciencia de estar sometido a leyes lógicas y no a fuerzas arbitrarias, y esto es un beneficio. Los microbios fueron descubiertos cuando no se sospechaba su papel en la vida humana. Sin embargo, este descubrimiento sirvió más tarde al bienestar humano, pues permitió luchar contra las enfermedades.

A la vuelta de Tolstoy cedió su lugar en el carruaje a su hijo, volviendo él a caballo, ejercicio que hacía diariamente, a pesar de la proximidad de sus 80 años. Montaba admirablemente, se mantenía derecho y parecía todavía más joven.

Después de este paseo, fué a reposarse un poco, mientras la condesa Tolstoy nos daba un inmenso placer leyéndonos dos de las obras todavía inéditas de su marido: el cuento encantador "Después del baile" y el trágico "El monje Sergio".

Hacia la noche un amigo de Tolstoy, músico de gran valer, tocó al piano música de Chopin. En el crepúsculo primaveral, esta música de encanto nos llenó de emoción. León Tolstoy, sentado en un sillón, escuchaba; era penetrado más y más por la belleza lírica de los sonidos; sus ojos se velaban de lágrimas; apoyó la frente sobre su mano y quedó así, inmóvil. Metchnikoff también, estaba profundamente emocionado. El efecto de la música sobre el alma de estos dos hombres y el júbilo que les producía era la mejor defensa en favor del arte puro.

"No sé que se pasa en mí cuando escucho música de Chopin, dijo Tolstoy algunos instantes después que los últimos sonidos se hubieron desvanecido; Chopin y Mozart me emocionan profundamente. ¡Qué lirismo y qué pureza!" A Metchnikoff gustaban sobre todo Mozart y Beethoven, pero Tolstoy encontraba a Beethoven *aemasiado* complicado. En cuanto a Wagner y la música moderna, los dos estaban de acuerdo: no la comprendían, la encontraban poco armoniosa y falta de simplicidad.

Junto a la mesa del té, la conversación se fijó sobre la vejez y Metchnikoff desarrolló su teoría sobre las desarmonías de la naturaleza humana.

Ilustraba sus afirmaciones con el ejemplo del Fausto de Goethe, que, en el arte era, según él, el mejor reflejo de la evolución de las fases de la vida humana. Para él la segunda parte de Fausto no es sino una alegoría de las desarmonías de la vejez. Es el cuadro sorprendente del choque dramático entre los sentimientos todavía ardientes y juveniles del viejo Goethe y su senilidad física. Tolstoy parecía interesarse por esta interpretación y dijo que volvería a leer la segunda parte de Fausto, pero que él mismo no daría el ejemplo de una desarmonía parecida.

A propósito de la teoría de Metchnikoff, según la cual el terror a la muerte proviene de que ésta es prematura, Tolstoy afirmaba que él no temía de ninguna manera morir y, agregó en broma, que intentaría, sin embargo, de llegar a la edad de cien años, para dar gusto a Elías.

Nuestro tren no partía sino hasta tarde de la noche, y hasta el momento de partir la conversación no dejó de ser animada. En cada una de sus palabras se sentía el alma elevada de Tolstoy, en la cual no había lugar sino para las preocupaciones de orden espiritual. Habría dado la impresión de planear sobre la tierra, si su corazón ardiente y compasivo no lo hiciese, sin cesar, retornar a las miserias y defectos de los mortales. Cerca de él se respiraba el aire puro y vivificante de las altas cimas y el lugar estaba como santificado por su presencia.

Esta entrevista había sido el encuentro de dos almas elevadas, de dos altas inteligencias, pero ¡cuán diferentes! Una, científica y racional, apoyándose siempre sobre hechos sólidos para tomar impulso y desplegar sus alas en las más altas esferas del pensamiento; la otra, artística y mística, elevándose por intuición a las mismas alturas espirituales; los dos, persiguiendo el mismo objeto de perfección y de felicidad humana, pero por vías tan diferentes!...

Al despedirse de nosotros, Tolstoy decía: "¡Adios no, hasta la vista!" Cuando estábamos ya en coche, a punto de partir, apareció en una ventana iluminada como si fuera una aureola; nos saludaba amistosamente con la mano: "¡Hasta la vista, hasta la vista!", nos dijo su voz por última vez... La noche estaba tan tranquila y bella bajo la celeste bóveda estrellada y su grandeza se confundía en nuestra alma con la de León Tolstoy.

(Extracto del libro recientemente aparecido, "Vida de Elías Metchnikoff", por Olga Metchnikoff).

TROZOS

Al estallar la sangrienta guerra que inundó a Eurcpa en una lucha digna de fieras, Ricardo embarcó hacia Francia, en compañía de un contigente de reservistas deseosos de marchar al encuentro del temido "enemigo".

Bien, Ricardo iba a defender su patria, cansado ya de soportar tanta miseria en el país americano que él soñara antes, tierra de oro y fortuna. Frustradas sus ambiciones de enriquecerse, se marchaba ahora, despiertos sus bríos patrióticos, a defender su patria. Y váse sin siquiera participar su partida a su mujer e hijos, que quedan abandonados en manos de la miseria, en una sucia pieza de conventillo. Pero no importa; era un héroe...

. . . . . .

Terminó la guerra. Enriquecidos los comerciantes de todas las patrias, se firmaba la paz...

Ricardo, sano y salvo, cubierto su pecho de honoríficas medallas, volvió a América. Quería ver a su mujer y a sus pequeños hijos, a quienes honraría con las medallas conquistadas en diversas batallas en que puso a prueba su valor. La casualidad quiso que su familia continuara viviendo en el mismo conventillo en que él la abandonó..

Orgulloso, con paso marcial penetró en el conventillo. Reconoció a su mujer que estaba echando los pulmones ante una pileta atestada de ropa. Palmoteóle alegremente las espaldas, previendo el gozo con que sería recibido. Lo contempló su mujer... y nada, ni una expresión, continuó fregando ropa...

—¿Pero, cómo; no conoces a tu Ricardo, que vuelve hecho un héroe?

—¿Un héroe?... — repuso con amarga sonrisa su esposa.

—¿Qué, no te alegras?...

—Espera, ¡héroe! — y penetrando rápidamente en una pieza, trajo ante el héroe, tres chiquillos... Ricardo quiso abrazarlos, eran sus hijos; ella se lo impidió. Habló...

La integración humana

Por PAUL GILLE

III

La socialidad

Esto no quiere decir, sin embargo, que se trate del reino de lo arbitrario individual, del *individualismo*. El hombre que se pone verdaderamente, el que es verdaderamente hombre, es a la vez *personal y social*. La sociabilidad es, con el mismo título que la autonomía, una cualidad esencial, una característica del hombre normalmente desarrollado, del hombre completo.

Se ha discutido hasta la saciedad, se ha raciocinado hasta la demencia, hasta la negación de la sana razón y del buen sentido, sobre el egoismo y el altruismo, principios absolutos sobre el deber de solidaridad, sobre la sociabilidad, forma del egoismo... Vana logomaquia si no llegase a turbar y falsear el sentido moral, *el sentido social*, la conciencia. En realidad, todo eso es siempre la intimidad de lo absoluto. El deber natural del hombre no tiene nada de ese simplismo dogmático y exclusivo. No es ni exclusivamente egoista, ni exclusivamente altruista, ni ciegamente solidario. Surge de la naturaleza *social* del hombre. Y toda esa montaña de palabras y de pretendidos principios desaparece desde que se abandona cuerdamente la loca pretensión de lo absoluto, y se dedica, como naturalista y físico, al estudio positivo de la realidad humana.

El hombre, como todos los animales, bisexuados, es un animal social. No se trata aquí de un principio metafísico, sino de un instinto profundo, *orgánico*. Esta socialidad se ha desarrollado en el curso de las edades, a través de la serie animal, de grado en grado de la escala zoológica, verdadera escala natural de los valores. Tiende a llegar en el hombre a su pleno florecimiento, que contraría aun las condiciones económicas y políticas de la vida.

Vemos esa socialidad aparecer, manifestar sus primeros efectos, con los primeros rudimentos de vida común. El sentido moral nace y se perfecciona así con la asociación. Los dos fenómenos son concomitantes; son solidarios.

Pero el carácter social de la vida es universal. No es solamente el hecho de la vida animal; se extiende al universo entero: es atómico y cósmico. Y la socialidad humana no es más que esa tendencia natural valorizada y fortificada por la razón y el hábito. Tal es la génesis del sentido moral. Tal es la genealogía de la moralidad. Tal es el fundamento de la moral humana: fundamento natural, psicológico, físico.

La socialidad está en todas partes: en el estado latente o en el estado aparente. Ciertos cuerpos se combinan o se amalgaman entre sí; otros no se combinan ni se amalgaman... afinidad química; forma elemental de la socialidad y de la asociación. Eso para la materia bruta. Pasemos a la materia viva. ¿Qué son los organismos vivos, desde los más simples a los más diferenciados, sino sociedades verdaderas, asociaciones de elementos biológicos? ¿Hay, objetativamente, una línea de demarcación trazada entre los organismos llamados biológicos y los organismos llamados sociales? En unos, sin duda, apercibimos de una sola mirada el conjunto de las unidades componentes; en otros no. ¿Pero este punto de vista objetivo es una base suficiente para una distinción racional y científica? En realidad, todo ser vivo es una sociedad, como toda sociedad animal o humana, es un ser vivo. Lo animal constituye la sociedad, es la acción recíproca, espontánea y constante, de individuo a individuo, de unidad a unidad, cualesquiera que sean los acercamientos o alejamientos materiales de esos individuos, de esas unidades. Así, a pesar de su contacto inmediato, dos pedazos de roca yuxtapuestos no forman una asociación, porque no hay ninguna acción espontánea recíproca de uno a otro. La distancia, pues, importa poco, y se puede decir que no hay diferencia esencial, fundamental, entre la vida de una sociedad humana, por ejemplo, y la de una colectividad celular. ¡Vida y socialidad van parejas, donde se manifiesta una, se manifiesta también la otra.

La socialidad no es, por otra parte, más que la manifestación de la tendencia natural que tiene la vida, en todo ser vivo, a intensificarse. La asociación representa, en efecto, se ha dicho ya, no una simple adición de fuerzas, sino una multiplicación de la potencia de los elementos asociados. ¿Es preciso recordar aun, para fijar las ideas, el ejemplo clásico dado por Juan Bautista Say, concerniente a la fabricación de las barajas? Vemos en él, que treinta obreros, por la colaboración, llegan a fabricar 15.000 barajas por día, es decir, 500 cada uno, mientras que cada obrero aislado podría producir dos, apenas, en su jornada... Lo que nos da, en este caso, como resultado de la sociación, una potencia 250 veces superior a la simple adición de fuerzas. Y este ejemplo no es más que un hecho típico entre mil. Expresa una ley natural. Siempre, la asociación, la asociación sincera, amplifica la acción, multiplica la actividad de las unidades asociadas.

Pero no activa solamente la vida; la prolonga, la hace más duradera. Mientras que algunos organismos monocelulares, duran apenas algunas horas, las células asociadas que constituyen el cuerpo humano — y que por consiguiente son análogas a ciertos protozoarios — llegan a vivir años. Mientras que ciertos animales aislados no escapan a una rápida destrucción, reunidos en grupos se aseguran una vida normal incomparablemente más larga. Mientras que en las colectividades minúsculas la vida del hombre, entregada a todos los peligros y a todos los azares, no sobrepasa, apenas, un término medio de 10 a 12 años; en nuestras sociedades mucho más vastas y mejor organizadas el término medio de la vida alcanza una cifra cuadruple y continúa elevándose más y más.

Acrecentamiento de la acción actual, acrecentamiento de la longevidad, he ahí cómo se traduce ese acrecentamiento de la potencia vital, ese acrecentamiento de la *vivacidad* que da la asociación.

No se trata, por tanto, absolutamente, de ver en la socialidad un cálculo, en la asociación un principio puramente racional. El acrecentamiento de la vida y la acción es un hecho físico, orgánico, espontáneo, antes de ser un fin de razón y un efecto de voluntad. La socialidad es una virtud — *en el sentido etimológico de la palabra*, — una virtud natural, impulsiva, inconsciente, antes de ser un medio razonado y un principio finalista. No hay allí, originariamente, ni intención, ni razón razonante; no hay allí más que una ley *natural*, universal, que surge de la esencia misma de la vida organizada. Y esta ley natural de asociación se manifiesta también en la vida celular o atómica más ínfima, como en la vida más consciente y más elevada. No es, en suma, más que un aspecto de la ley física de la economía de las fuerzas, de la ley universal del menor esfuerzo para el máximo de efecto.

* * *

De esta ley universal, de esta ley cósmica, el instinto social es la primera manifestación zoológica; precede a la socialidad consciente y razonada, como el impulso precede a la razón: es la forma elemental, la forma embrionaria, de la socialidad animal y humana.

Bajo el impulso irresistible de ese instinto, la solidaridad material, involuntaria, impuesta, fortuita; la solidaridad del cosmos primitivo, hace lugar poco a poco a la solidaridad *social*, voluntaria, espontánea, electiva. Es la ley del progreso. A la cohesión forzada se substituye, más y más ampliamente, más y más victoriosamente, la asociación por afinidad, el amor.

Esta revolución comienza con la vida organizada; se realiza a través de la serie innumerable de las colectividades vivas, desde los agregados plásticos más simples hasta la vasta sociedad humana. Tiene por base, por punto de partida, la función de la generación, el lazo de parentesco y de simpatía fisiológica que une orgánicamente, fraternalmente, los elementos del mismo extracto, de la misma naturaleza. Bajo la acción de este factor nuevo, la vida colectiva se organiza, crece, se perfecciona. Desarrolla una moral natural, expresión e instrumento de ese perfeccionamiento, órgano de ese progreso. El altruismo se afirma y robustece al lado del egoismo. La socialidad se intensifica y ensancha su círculo.

Es así como de estado gregario, las agrupaciones humanas pasan gradualmente a un estado *social* más y más perfecto y más y más extenso. Es así que, partiendo de la horda primitiva, la humanidad atraviesa la fase de la agrupación territorial, de la agrupación política (no olvidar que política viene de *polis*, ciudad, y que el Estado no es más que la ciudad agrandada), para llegar, en fin, a la asociación libre de los individuos según sus afinidades recíprocas y a la abolición de las fronteras. Es así que el hombre comienza por *civilizarse* para llegar a *socializarse* plenamente.

Esta socialización se opera en extensión y en profundidad. *La socialidad crece a la vez en extensión y en intensidad.* Es el movimiento mismo de la historia, su ley. A medida que el hombre se realiza, a medida que se desprende de la brutalidad primitiva, la disciplina social se desarrolla, se afina, al mismo tiempo que va ampliando el círculo del mundo. De más en más, la cortesía, la cortesía real, el arte de vivir en sociedad, el *saber vivir*, en el sentido íntegro de la palabra, florecen en las relaciones humanas. El altruismo, la preocupación de lo ajeno se generaliza. El hombre obedece a su naturaleza de hombre.

Así la colectividad humana tiende más y más a convertirse en una sociedad, en una asociación universal. La socialidad nativa y virtual del hombre, su instinto social, se transforma poco a poco en socialidad efectiva. El ser humano se disciplina por y para la vida en sociedad, por y para una vida social más y más delicada, más y más solidaria y más y más amplia.

Pero no nos engañemos. Esa disciplina social creciente, esa socialización más y más perfecta del individuo humano, no tienen nada de la mecanización soñada por los autoritarios. Es del fondo mismo de la naturaleza humana que brota espontáneamente esta necesidad de acuerdo y de armonía, ese instinto de coordinación fraternal, que viene a reforzar y desarrollar la práctica y la experiencia de la vida. En su magistral estudio sobre el *genio de la organización* (*Le Genie de l'Organisation*, 1915) M. Van Genner ha demostrado admirablemente lo que valen, respecto del asunto, las elucubraciones sabias de los doctores en militarismo. Reducir la "ciencia de la civilización" (Ver Ostwald, *Les fondements énergetiques d'une science de la civilisation*, etc.) y de "la organización" a un simple problema de mecánica, considerando la utilización más económica del "material humano", es eliminar precisamente el elemento moral que es el elemento esencial de las relaciones sociales, de las relaciones humanas; es despreciar, es un vano sueño de dominación egoista y de imperialismo desvergonzado, de todo lo que constituye el valor de la personalidad humana, de todo lo que constituye el valor de la vida. La verdadera disciplina humana, la disciplina sana y fecunda, no se impone desde fuera. Surge del individuo mismo; es la obra viviente, libre y deseada, de su espontaneidad profunda y de su conciencia autónoma.

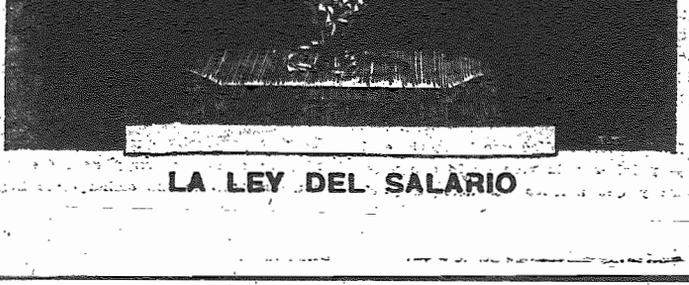
(Concluirá).

—Héroe... Mientras tú estabas conquistando medallas, en el campo de honor, yo tenía que conquistar el pan de estos tres, de estos tres, ¿los ves?... Y le señalaba a sus hijos... Y con gesto rápido y fiero, agregó: ¡fuera, fuera de aquí, héroe, héroe!....

Ricardo pretendió protestar, pero la valiente obrera obligóle a huir abofeteándole con el rudo apóstrofe de ¡héroe, héroe!...

Y quedaron solos: madre e hijos....

Ovidio del MONTE.



LA LEY DEL SALARIO

Suscríbase a "La Protesta" y el suplemento